



Violencia y Psicopatía

de *A. Raine y J. Sanmartín*,
Barcelona: Ariel, 2000, 304 páginas

La lectura de la prensa diaria, cuando nos disponemos a escribir estas líneas de comentarios de una obra que hoy está de actualidad, nos devuelve a la cruda realidad que ha vuelto de nuevo a golpear y hace que a la gente menuda le cueste cada vez más preguntarse de nuevo por qué y qué se puede hacer. Los especialistas en su respuesta se han visto desbordados y únicamente logran dibujar la hipótesis de que un acto contra la naturaleza sólo puede explicar el hecho de que una madre pueda llegar a deshacerse de su hijo. Nos estamos refiriendo al caso de la enfermera de Verín.

Aún admitiendo que no es posible hacer una valoración - cualquiera que sea - sobre cualquier hecho sin conocer el caso, lo que si podemos sostener sin lugar a dudas es que la violencia, por desgracia, no ha sido erradicada de nuestra sociedad y, probablemente, mientras existan personas existirá violencia. Aceptando esto, quizás debamos apuntar que el máximo exponente de la violencia sea la psicopatía, y ella pueda explicar que, cada vez más, los medios de comunicación nos inunden con noticias que nos ponen “los pelos de punta”. Se trata de hechos que nos parecen aberrantes e inhumanos, pero son reales y, a la vez, sus ejecutores justifican cuando son descubiertos diciendo : “me ha surgido un problema personal muy gordo”.

Ante la eterna polémica, entre factores biológicos y factores sociales en el origen de la psicopatía, en este libro se opta por una postura inteligente y actual: la conjunción de predisposiciones biológicas y factores sociales. En la actualidad, prácticamente cualquier trastorno es necesario explicarlo aludiendo a ambos polos. Tanto factores genéticos como ambientales, por tanto, van a contribuir a explicar la aparición de una serie de comportamientos que catalogaremos como trastorno.

La psicopatía se contempla como un trastorno de la personalidad y no como un trastorno mental semejante a la esquizofrenia o a la depresión. En este hecho parece haber un acuerdo entre los diferentes autores, en tanto, por otra parte, un trastorno de la personalidad es un patrón permanente e inflexible de experiencia interna y de comportamiento que se aparta de las expectativas culturales de la persona y tiene su inicio en la adolescencia o principio de la edad



adulta. Además, es estable a lo largo del tiempo y produce malestar y perjuicios para dicha persona. El trastorno antisocial de la personalidad, también denominado psicopatía, sociopatía o trastorno disocial de la personalidad, tiene como característica principal el desprecio y violación de los derechos de los demás. Las personas con este trastorno se caracterizan por despreciar los deseos, derechos y sentimientos de los demás, muestran pocos remordimientos, carecen de empatía, son insensibles. Por otro lado, pueden y suelen poseer cierto encanto artificial, siendo conscientes de que la posibilidad de desarrollar un trastorno antisocial en la etapa adulta aumenta si esa persona ha presentado en su niñez (antes de los diez años de edad) un trastorno disocial. Este hecho, sin lugar a dudas, nos da una idea de por donde debe ir y orientar la intervención.

En cuanto a la prevalencia en muestras de la población general los datos son alentadores si nos fijamos únicamente en el total del porcentaje (3% varones y 1% mujeres, aunque la prevalencia aumenta al 4% para la población reclusa); caso contrario sucede si tales cifras en porcentajes se transforman a personas, es decir, sobre un 1.000.000 de españoles. Aquí, sin lugar a dudas y antes de seguir, es necesario realizar una puntualización: trastorno antisocial no es sinónimo de comportamiento delictivo. Aunque, por supuesto, no podemos negar la existencia de relación entre ambos términos, la realidad viene a indicar que ello y por diversas circunstancias no siempre aparece sucede.

Alcanzado este punto de la exposición, queremos declarar como principio que una investigación psicológica que no vaya seguida de una propuesta de intervención, a parte de que pierde valor, carece de sentido. Este libro supera esta dificultad, muy propio de muchos de los actuales trabajos de su estilo: no dar el paso de la teoría a la práctica, a la intervención. Obviamente, en este tipo de trastorno, nos interesa mucho saber qué es lo que podemos hacer.

El libro, en su primera parte, hace especial énfasis en las siguientes cuestiones. En primer lugar, un problema que origina una preocupación entre prácticamente todos los autores en particular, y entre la población en general, es el tema de la reincidencia. Está comprobado que aquellas personas diagnosticadas con este tipo de patología presentan unos niveles de reincidencia mucho más elevados que la población penitenciaria normal. En este sentido, se concluye que la psicopatía supone un claro e importante factor de riesgo para la reincidencia en general y para la violencia en particular.



En segundo lugar, subraya la necesidad de profundizar a nivel científico en el análisis de la naturaleza del psicópata; dicho de otra forma, se hace imprescindible una identificación lo más clara y concisa posible sobre el trastorno de la psicopatía. Para ello, se evalúa dicho constructo mediante distintos sistemas clasificatorios (DSM- IV, CIE-10, Escala Hare,...). Obviamente, dicho análisis va a tener importancia tanto a nivel teórico como a nivel práctico. En esta realidad, entre las distintas conclusiones a las que han llegado distintos autores y a destacar, debemos resaltar la afirmación de que el psicópata no está trastornado mentalmente. Frente a ello, lo que no cabe lugar a dudas es que no estamos hablando de una persona normal.

En tercer lugar, un aspecto a reseñar en este libro y que su propio título pone de manifiesto, es la relación que existe entre la psicopatía y la violencia. En distintas investigaciones realizadas se ha evidenciado la estrecha relación entre la psicopatía y el crimen y entre la psicopatía y la violencia. Incluso cuando el número de conductas delictivas se reduce en la edad adulta no se sigue de una reducción en el nivel de violencia. En definitiva, la violencia nunca se pierde y parece puede asociarse permanentemente a este trastorno.

En cuarto lugar, se presentan algunas investigaciones recientes, como son: event-related potentials, tomografía computarizada de emisión de fotones, resonancia magnética funcional... Entre los resultados a destacar de dichas investigaciones se encuentran los siguientes: los psicópatas no muestran diferencias comportamentales o de 'event-related potentials' en el procesamiento de palabras neutras y palabras con claro contenido emocional; una activación notablemente menor en la región frontal, temporal y parietal en los psicópatas; presencia de anomalías neurobiológicas relacionadas con un funcionamiento anormal de los neurotransmisores;....

En quinto lugar, Adrian Raine analiza minuciosamente, mediante las nuevas técnicas de neuroimagen, la hipótesis de que la disfunción prefrontal puede predisponer al comportamiento violento antisocial y psicopático. Las conclusiones de esta línea de investigación se pueden resumir en los siguientes puntos:

- 1) Existe una asociación entre disfunciones prefrontales y violencia.
- 2) Otras deficiencias características de los asesinos son en el giro angular izquierdo, el cuerpo calloso y las regiones subcorticales (la amígdala, el hipocampo y el tálamo).



- 3) Los asesinos depredadores parecen tener un mejor funcionamiento prefrontal respecto a los asesinos afectivos.
- 4) El asesino que procede de un ambiente familiar relativamente bueno presenta un funcionamiento prefrontal muy bajo y, por el contrario, aquel que proviene de un hogar malo su tasa de actividad prefrontal es relativamente buena. En consecuencia, parece que la etiología de un comportamiento violento, cuando la persona se desarrolla en un ambiente familiar malo, es dicho ambiente; mientras que, cuando la persona se socializa en un ambiente familiar bueno, el origen hay que buscarlo en deficiencias de tipo biológico.
- 5) Existencia de deficiencias cerebrales entre agresores antisociales y de comportamiento similar al de los agresores psicópatas.

En sexto lugar, C.J. Patrick analiza la relación entre las emociones y la psicopatía. Las conclusiones a resaltar, en este capítulo, serían:

- 1) La distinción entre personas psicópatas primarias o verdaderas y personas antisociales.
- 2) La distinción entre la agresión instrumental o proactiva y la agresión pasional, emocional o reactiva.
- 3) Las características más sobresalientes de una persona psicópata son la baja ansiedad o falta de miedo y el “desapego emocional”. Son depredadores y manipuladores.
- 4) Las características que definen a una persona antisocial son el alto nivel de estrés y la impulsividad.
- 5) Conjugando las conclusiones anteriores se llega a la siguiente afirmación: el psicópata utiliza una agresión instrumental, es decir, una agresión encaminada a la consecución de unos fines, con el fin de obtener sus propios deseos y objetivos. Por el contrario, el antisocial es mucho más pasional en su forma de agredir.

Finalmente, J.S. Grisolia estudiando los factores psicobiológicos asociados a la violencia va a concluir algo obvio para aquellos que están todos los días a su lado, es decir, de aquellos que mantienen y realizan estos comportamientos:



Algo que no se puede negar en la actualidad es que tanto la biología como el entorno influyen en la aparición de cualquier comportamiento, incluido el comportamiento violento.

En este capítulo se presentan diversos estudios sobre la heredabilidad de la agresividad. Sin embargo, y a pesar de presidir esta orientación biologicista la obra, no puede olvidarse del ambiente, puesto que existen y se admiten factores ambientales que predisponen a la violencia. En este sentido, los autores afirman: “la conducta es, en el fondo, producto de la biología en interacción con el ambiente” (p.125).

La segunda parte del libro se ocupa de un tipo de personas que causan una gran alarma social: los asesinos en serie. José Sanmartín define los asesinos en serie como aquellas personas que matan a tres o más víctimas, mediando un tiempo de respiro o enfriamiento entre un asesinato y otro. Sin embargo, no existe una definición aceptada por todos los investigadores y, en la actualidad, se incluyen otros aspectos en esta definición (como por ejemplo, hombre, blanco y de tendencias sexuales desviadas).

Por otra parte, se realiza una distinción entre los asesinos en serie organizados y desorganizados, relacionándolos con un trastorno mental (la psicosis) y un trastorno de personalidad (la psicopatía). Resumiendo mucho, se podría sostener: los psicópatas serían asesinos organizados, metódicos, mientras que los psicóticos asesinarían de forma muy desorganizada.

Finalmente, Sanmartín defiende un modelo en el que la psicopatía (predisposición) junto con la influencia de factores sociales (rechazo emocional) llevan a la persona a un nivel de frustración tal que trata de superarlo mediante el refugio en fantasías aberrantes. En cuanto a la relación entre asesino en serie y psicópata se opta por mantener que la mayoría de los asesinos en serie presentan entre sus principales características psicológicas y comportamentales aquellas que definen a la psicopatía; es decir, falta de empatía, ningún remordimiento, conducta antisocial prolongada,... No obstante, no podemos asumir que todos los asesinos en serie sean psicópatas ni, por el contrario, todos los psicópatas sean asesinos en serie. Lo que está claro es que existe una relación entre psicopatía y asesinato en serie.



Relativo a los motivos que impulsan a una persona a matar repetidamente, a lo largo del escrito, se repiten tres aspectos:

- 1) Justificación. Cualquier conducta la justifican por el hecho de hacerla ellos mismos.
- 2) Control y poder. Sienten una sensación muy fuerte de poder cuando matan.
- 3) Sentirse vivos. Matar es una forma de sentir esto y, a demás, de reafirmarlo.

Obviamente, se trata de tres características humanas, ya que todas las personas en algún momento de su vida desean justificar sus conductas, tener control y poder sobre los demás y, por supuesto, sentirse vivos. La diferencia estriba en el hecho de que a las experiencias se les atribuyen unos determinados significados emocionales, en tanto se sostiene en los psicópatas sean distorsionados.

Por último, se presentan investigaciones en torno a la relación de los asesinos en serie con los sádicos y los psicópatas. En este punto, en este escrito se mantiene que las conclusiones no son aún concluyentes, debido a los problemas que plantea el trastorno sádico de personalidad en su evaluación y criterios.

La tercera y última parte de este libro se dedica exclusivamente a la intervención con los psicópatas. Cuando se plantea la intervención es necesario, en primer lugar, partir de una definición clara de la persona con psicopatía, ya que, en muchas ocasiones, se ha venido confundido psicopatía con criminalidad. Es cierto que dentro de los criminales hay psicópatas, pero no todo psicópata es un criminal. De lo que no hay duda, por otra parte, es que nos enfrentamos en la mayoría de los casos con personas violentas, que presentan de forma generalizada las siguientes características: agresividad, impulsividad, falta de empatía y ausencia de remordimientos, falta de vínculos afectivos y trasgresión de las normas sociales.

En segundo lugar, y como requisito para la intervención, tenemos que tener clara la influencia tanto de factores biológicos como sociales en la aparición de la psicopatía. Existen distintas opiniones sobre la posibilidad de intervenir con estas personas, manteniendo algunas voces la posibilidad de efectos negativos con la intervención, lo que podría llevar a sostener que es mejor no intervenir. No obstante, en la actualidad, cada vez más profesionales no están de acuerdo con esta idea y, por el contrario, tratan de superar los obstáculos de la intervención y



afirman que es mejor tratar a los psicópatas que no simplemente mantenerlos recluidos en instituciones penitenciarias o de otro tipo, es decir, se va más allá de los meros factores de protección o de riesgo, tema que esta obra no desarrolla y deja un lado desperdiciando la posibilidad de incidir en las personas resistentes, o lo que es lo mismo: aquellos que ponga como se ponga la cruda realidad de la vida van a ir por el camino de la competencia y de la normatividad para resolver las situaciones conflictivas en los ambientes significativos.

Está claro que los psicópatas no cumplen con algunos requisitos para una intervención exitosa (la existencia de un vínculo emocional entre el terapeuta y el paciente y motivación para el cambio, entre otros), siempre y cuando entendamos que ésta se trata de un intento planificado de producir un cambio en una orientación determinada y deseada; sin embargo, existen distintas razones para seguir con la intervención (la cárcel no produce efectos positivos, es posible diseñar programas adecuados y es necesario dar respuestas sociales). Dentro de estas afirmaciones, y en cuanto a la efectividad de los tratamientos para psicópatas van a destacar:

- 1) Los programas que más prometen en la actualidad son aquellos que reúnen las siguientes características: intensivos, estructurados, cognitivo - conductuales, multimodales y cubren las necesidades criminogénicas y estilos de aprendizaje individual.
- 2) La intervención con los psicópatas no debe tener el objetivo de cambiar su personalidad, sino paliar sus déficits.
- 3) Dadas las características de los psicópatas puede tener mejores resultados un tratamiento individual.

Dicho esto, algunas conclusiones que sobre el tema de la intervención se realizan son:

- 1) Hay pocas investigaciones controladas sobre el tratamiento de los psicópatas y los efectos del mismo.
- 2) No intervenir no implica de ninguna manera mejoras en la persona.
- 3) Es necesario seguir investigando sobre la psicopatía para avanzar en la intervención.

En otras palabras, y aún a riesgo de parecer que estamos como al principio, podemos decir que la apuesta con mayores posibilidades de éxito es aquella que se orienta bajo el epígrafe



de intervención optimizadora y la propia preventiva. Con sus virtudes y sus limitaciones, la realidad como se describe en la obra, que recomendamos lean aquellos profesionales que se dedican y/o trabajan con poblaciones en riesgo o excluidas socialmente, así como los interesados por esta temática, permitirá poner al día la orientación biologicista en esta temática y lleva a sostener que soñar no cuesta y, en teoría y en la práctica, se puede soñar con un mundo con menos violencia. Se pueden adoptar muchas iniciativas, aunque lo que se vaya a conseguir con ellas sean unos resultados que consideramos más bien moderados. Así, pues, la pregunta a realizarnos no puede ser otra que ya nos hicimos en otro lugar: ¿Es factible luchar de una forma realista por una sociedad más saludable? (Fernández Ríos y Rodríguez, 2001). La respuesta la centramos y la orientamos hacia: ¿Nos interesa?.



Dra. Susana G. Paíno Quesada
Universidad de Huelva

Dr. Francisco Javier Rodríguez Díaz
Universidad de Oviedo